
saltó por sobre la Chúcará y murmuró
satisfecho:—«¡Juna gran siete... él me
bolió... pero yo tamién!»

MANUEL BERNÁRDEZ.

1893.



Eduardo Ferreira

Como Pérez Petit, Ferreira confirma aquel antiguo aforismo que dice:

La critique est aisée et l'art est difficile



El canto del gallo

I

Sentado junto al fuego, encima del viejo y grueso tronco de espinillo que hacía las veces de banco, con la cabeza inclinada sobre el pecho y con sus grandes y negros ojos, negros como ala de cuervo, fijos en la llama azulada que semejante á una lengua fina y brillante se alzaba serena entre los dos pedazos de piedra ahumada del fogón, Gervasio Perdomo sorbía á tragos breves, casi maquinalmente, el agua verdosa y amarga del mate que descansaba en el hueco de sus dos manos. El rancho, pobre y desmantelado, estaba completamente tranquilo. Por el vano de la puerta y

por entre las grietas que el tiempo había abierto en las enanas paredes de tierra negra, penetraban tenues chorros de luz crepuscular, bañando en un fulgor suave los escasos objetos que, desparramados en el suelo, en un desorden absoluto, componían el miserable mobiliario de la habitación. Todo era pobre allí, desde el catre contrahecho, más alto de los pies que de la cabecera, empotrado en la pared, sin más colchón que un puñado de reseca chala, convertida casi en polvo, ni más ropa que un poncho de paño descolorido, forrado de bayeta roja, hasta el techo de *paja brava* del rancho, un techo podrido, con el mojinete ladeado, como un triángulo irregular que se apoyara en uno de sus vértices, amenazando caer de improviso.

Mucho rato hacía que Perdomo, el paisano de carácter más pacífico y alegre del pago, permanecía en aquella actitud, iluminado el rostro moreno debajo de las grandes y combadas alas del sombrero obscuro, muy gastado, que, tirado un poco hacia atrás, hacia la nuca, dejaba ver una frente espaciosa y un me-

chón de pelo reluciente caído en ondas ligeras sobre la sien derecha. Era muy joven todavía. Alto, sin exageración, robusto, ancho de espaldas, de buen porte y revelando en su semblante de facciones algo duras, sombreadas por una barba espesa y renegrada, un espíritu fuerte y franco, demostraba tener treinta años, cuando menos, pero en realidad no había cumplido aún los veinticinco. Vestía sencillamente, con cierta coquetería de mozo bien parecido, bombacha muy suelta, de paño negro, americana ajustada, botas de caño corto, sin brillo, y un pañuelo de seda, de fondo azul con lunares blancos, ceñido eternamente al pescuezo. Era huérfano. Desde algunos años antes le acompañaba un indio *guacho*, un muchacho casi, que le había caído como llovido del cielo, y todos sus afectos, todas sus bondades, las reconcentraba en él y en una morocha delgada y esbelta, como junco de arroyo, por quien sentía una pasión ardiente. Sin cambiar de posición, encorvado siempre el cuerpo, vaciaba lentamente el mate y volvía á

llenarlo de nuevo, teniendo en el suelo, entre sus dos piernas, la caldera de agua caliente, que á intervalos colocaba sobre el fuego, para evitar que se enfriase. Á la larga se cansó y se puso de pie, sin separar la mirada todavía del fogón. La llama titilaba débilmente, haciendo esfuerzos por conservarse viva, pero de pronto se estiró hacia arriba, brilló con más intensidad y se apagó luego por completo, hundiéndose entre el montón de cenizas que quedaba allí humeante, removiéndose apenas y dejando ver entre sus partículas grises los puntos rojizos de las brasas que escondía. Sin saber por qué, aquello le había interesado, á él que lo veía en todos los momentos, y esperó aún algunos instantes, pensativo, triste, con un desgano absoluto de todo.

Afuera ya era casi de noche. El sol, que durante el día abrasara la tierra, quemando el pasto ralo y haciendo crujir los rastrojos secos, ocultábase en el horizonte, tras una loma amarillenta, y el campo, salpicado á trechos de manchas parduscas y verdosas, parecía sumergirse en un letargo profundo. Sorprendido

quedó el paisano al notar que se hubiera hecho tan tarde sin él advertirlo, y su rostro curtido y enérgico se contrajo en un leve gesto de disgusto. Salió del rancho, y aproximándose á un ombú corpulento, de ramas sin hojas, que se elevaba á pocos pasos, sacudió con la punta del pie á un muchachote que dormía allí á pierna suelta, encajonado en el estrecho hueco que formaban los raigones extendidos á flor de tierra.

—¡Indio!... ¡Indio!...

Repetió varias veces el llamamiento, sin obtener respuesta alguna; después se agachó y le tomó por un brazo, levantándole en peso, hasta obligarle á despertar. El Indio se enderezó con pereza, restregándose las mejillas con el dorso de la mano y abriendo la boca en un bostezo prolongado.

—¡Arriba! Á ensillar los caballos—agregó Gervasio.

Bien claro oyó el muchacho lo que se le mandaba, pero se hizo repetir la orden, apoyándose de espaldas contra el ombú, con el rostro somnoliento y hosco, y cuando Perdomo le hubo com-

placido, levantó la cabeza achatada y deforme, cubierta por una tupida mata de pelo cerdoso que le nacía encima de las cejas, y le clavó los ojos en los ojos, mirándole atrevido, con un descaro de criatura mala y rebelde. Aquél adivinó en seguida una protesta en la mirada recelosa y atravesada que le dirigía, y acercándose más á él, le separó del árbol y le empujó cariñosamente hacia el monte, distante pocas cuadras del rancho, donde comían los animales.

—Vamos, Indio, no seás mal mandado.

Quiso el muchacho resistir todavía, dar una contestación brutal é hiriente, que le llenaba la boca, pero Gervasio le reempujó con más suavidad que la vez primera, y, desarmado por aquella bondad que le lastimaba, que le hacía más daño que un latigazo en plena carne, echó á andar penosamente, arrastrando los pies, refunfuñando entre dientes, como un perro que después de castigado se aleja gruñendo y siente deseos de volverse y morder.

Media hora más tarde, estaban los

caballos frente al rancho. El Indio los ensillaba sin apuro, colocando una á una las piezas del recado, mientras canturreaba por lo bajo un estilo. Ensilló su caballo primero, buscando así un pretexto para reñir con Perdomo, y luego agarró el de éste por el cabestro y lo colocó delante de él, tironeándolo con fuerza y descargándole un golpe de puño en el hocico.

—¡Movete, matungo!—murmuró.

Pero estaba de Dios que el paisano no se incomodaría, y aquello le exasperó más y más. Tenía deseos de pelear, de desahogarse á placer, y no encontrando otro medio para lograrlo, se puso á lamentar el estado de sus *pilchas* y el lujo desmedido — ¡el único lujo que gastaba Perdomo! — de aquellas que manoseaba con rabia. Ya lo había dicho él varias veces: era una vergüenza aquel apero tan completo, tan bien cuidado, con los cojinillos nuevos, con las bombas blancas y lisas de las bridas, las redondas láminas del pretal y los estribos de campana amplia y bruñida, al lado de su recado viejo, de cabezadas

raídas, de bastos rotos, de sobrepuestos sin lana y de estriberas pobres, grasientas, desprovistas de todo, de pasadores, hasta de hebillas. Juraba que le entraban unas ganas locas de hacer una barbaridad, de reventar la cincha, de cortar de un tajo las riendas, de rasgar todo un cojinillo de arriba abajo!... Y no se quedaría con las ganas, no señor, porque algún día le llegaría la suya, y entonces... ¡oh! entonces se las pagarían todas juntas...

Cuando dijo, con acento ronco, que ya podían marchar, Perdomo se dispuso á ello sin darse por entendido de sus protestas y rezongos. ¿Para qué? Ya le conocía bien y sabía que siempre sería así, gruñón y arisco, descontento de todo, de su vida descansada, de sus satisfacciones, hasta de sus mismas alegrías. Entornó la puerta del rancho, silencioso, tranquilo, y en el instante en que ponía el pie en el estribo, boleando la pierna derecha con soltura y elegancia, para montar, el caballo olfateó algo en la obscuridad y dió un bote hacia atrás, irguiendo las

orejas é hinchando las narices húmedas en un resuello ruidoso. El paisano se detuvo y miró á un lado y otro, sin ver más que sombras, mientras que el Indio adelantábase curioso y buscaba en el suelo la causa de aquella espantada brusca. Á poco creyó percibir en un extremo del rancho un bulto que se movía imperceptiblemente, y al dirigirse á él, muy abiertos los ojos, hirió sus oídos y los de Gervasio el canto estridente y breve de un gallo, que el eco remedó una, dos y tres veces en la inmensidad del campo.

—¡Cruz diablo!—exclamó el Indio, santiguándose atropelladamente y corriendo hacia su caballo, que montó de un salto rápido. La exclamación fué tan espontánea, tan llena de miedo, que Perdomo, que ya estaba montado sobre su *flete*, echóse á reír de buena gana.

—¿Tenés miedo, Indio?—le dijo.

—¡Pues ya lo creo!—contestó aquél con su voz estropajosa.—¿No lo voy á tener, ¡canejó! si cada vez que un gallo canta de noche, á la puerta de un rancho, sucede una desgracia?...

Metieron ambos talones á los animales, haciéndolos girar en redondo, y los lanzaron á galope tendido cuchilla abajo, en dirección al arroyo.

—¡Bah! ésas son habladurías...

—¿Habladurías?... ¡Güeno! — Y al propio tiempo que decía esto, volvía la cabeza y escudriñaba en la obscuridad, pareciéndole distinguir aún, próxima al rancho, la borrosa silueta del gallo cantor.

II

Á tres leguas de distancia, en lo alto de una cuchilla, en una casa de material de paredes blancas, vivía Petrona, la novia de Gervasio Perdomo. Cada tres días, cuando más, aquél rumbeaba hacia el pago y pasaba allá, al lado de la linda morocha, unas cuantas horas felices, las mejores de su vida, que transcurrían rápidas, como si su mismo deseo de alargarlas las acertase, dejándole en el espíritu una sensación dulce de dicha tranquila y profunda. Allá también iba

ahora, galopando entre tinieblas, con la mirada incierta, perdida en el campo dormido, que se ensanchaba, semejante á un oceano, en una extensión infinita y negra. El Indio le había dejado á poco de vadear el arroyo, pretextando una causa urgente, que no quiso manifestar, y Gervasio seguía solo, sin darse cuenta en el primer momento de la ausencia de su inseparable compañero de excursiones nocturnas. Iba reconcentrado, taciturno, con la cabeza llena de cosas extrañas, de pensamientos tristes, que no acertaba á precisar. Así caminó más de media hora, al cabo de la cual notó la falta del Indio. Era la primera vez, en cinco años, que se separaba de su lado en mitad del camino, en plena noche oscura. Parecióle muy raro el hecho y pensó mucho en él. Se preguntó varias veces adónde había podido ir y no dió con una respuesta que le satisficiera, que borrase las ideas diversas y malas que, como densa niebla, se amontonaban en su cerebro. Poco después quiso distraerse, no cavilar sobre aquello que le apesadumbraba más, y

adelantando su imaginación al galope acompasado de su caballo, fué á aca-riciar la imagen de su hermosa china, que veía allá lejos, sonriente, de pie en la puerta de su alegre casa, atenta al menor ruido que partía del campo, con los ojos fijos en aquel camino que él recorría casi siempre con ansiedad. Hizo esfuerzos para retener la radiante visión, para conservarla lo posible en su mente, pero volvió á caer en las preocupaciones que deseaba ahuyentar y que le perseguían con tenacidad cruel. Á su memoria acudió de improviso la escena de la tarde, bajo el ombú, primero, y en frente del rancho, después, y recordó entonces la cara hurañá del Indio, sus miradas amenazadoras, aquel gesto de rabia que le había lanzado al rostro y sus palabras entrecortadas, intencionadas y malas. ¿Qué víbora le había picado para volverse así contra él? Ninguna, que supiera. El Indio era per-verso— desde chico lo había sido—pero le respetaba y le quería á su manera. Desde el día en que llegó á su rancho, pobre, roto, el semblante demacrado

por el hambre y un olor á miseria que apeataba, pidiéndole un pedazo de pan y un lugarcito abrigado para dormir por las noches, no había tenido con él la menor disputa, el más insignificante enojo. Le había tratado siempre, y no le pesaba, con verdadero cariño, que aumentó cuando supo que, como él, era huérfano y no tenía en el mundo un solo afecto. Entonces era un muchacho rebelde, una fiera pequeña, que maldecía siempre, haciendo contracciones de rabia con su rostro bronceado, de pómulos salientes; pero poco á poco se había ido domando y concluyó por reprimir ó moderar sus accesos de cólera, que estallaban sólo á grandes ratos, cuando un motivo poderoso los provocaba.

Sin embargo, ahora había observado en el Indio algo anormal, y si no hizo mayor caso de ello fué porque creyó que todo pasaría, como antes pasaban sus recias é inmotivadas tormentas; pero al evocar todos sus recuerdos y apreciar los hechos en conjunto y con más detención, advertía un cambio completo en la manera de ser del muchacho, que

realmente le causaba asombro. De comunicativo que era, se había vuelto reservado y arisco, como en sus primeros tiempos, y huía de su presencia sin disimularlo, dándole contestaciones bruscas ó encerrándose en un mutismo ofensivo cuando le dirigía alguna pregunta. Buscó, buscó afanosamente el origen de aquel disgusto ó malhumor, y todos sus esfuerzos fueron inútiles. De pronto, al levantar la cabeza para que la brisa refrescara su frente sudorosa, salió de sus labios una exclamación de sorpresa.

— ¿Tan pronto? — dijo.

Allí cerca, al término de la empinada cuesta que su caballo salvaba á todo galope, se dibujaban confusos, en el fondo suave del cielo, los contornos de un caserío, construído en el mismo lomo de la cuchilla. El paisano echó el cuerpo adelante, hasta rozar con la barba el cuello del animal y miró fija é intensamente, sin distinguir ni la más sutil flecha de luz ni oír el más leve rumor de voces. Aquel silencio le alarmó y detuvo su caballo, poniéndolo al

trote. Al llegar á la casa, golpeó en la puerta con el mango del rebenque, y los golpes resonaron fuertes y secos, perdiéndose el eco en las lejanías, sin que nadie contestara. Volvió á llamar y aguardó, con el oído atento, sintiendo por segundos que un malestar desconocido le invadía el cuerpo todo. La idea de una desgracia, no hubiera sabido decir cuál, asaltóle ante aquella soledad verdaderamente inexplicable, que no podía concebir, ni siquiera sospechar.

¿Estaría sola, abandonada la propiedad? Esto no era posible: alguien había adentro y él lo sabría pronto. Arriñóse bien á la casa y dió por toda ella un gran rodeo, deteniéndose á escuchar, á interrogar á las paredes, que se alzaban mudas, indiferentes á su inquietud. Por todas partes encontró el mismo silencio, la misma tranquilidad. Volvió á repetir los golpes y volvió á deslizarse por segunda vez junto al caserío, amortiguando los pasos de su caballo, para percibir mejor los ruidos que á intervalos parecía oír adentro. Hubo un momento en que antojósele que una

ventana se abría y que una voz muy conocida le llamaba, y animado por una ráfaga de esperanza se detuvo y escuchó con atención. Pero nada: ¡ni un alma, ni un hálito de vida! Todo dormía apaciblemente en la quietud de la noche. Indeciso, perplejo, sin saber qué hacer, si irse ó quedarse, permaneció algunos minutos y de pronto corrió hacia un montón de leña, apilada cerca de un galpón, donde generalmente tendíase el perro de la casa, el *Centinela*, que siempre que él llegaba, salía al camino á recibirlo, con las orejas gachas y la cola inquieta, saltándole al estribo para acariciarle la bota con su lengua babosa. Le llamó por su nombre y tampoco acudió.

— ¡Dios mío! ¿qué es esto?

La alarma de los primeros instantes convertíase ahora en zozobra. Vagó al acaso en la sombra, con el busto inclinado, y por último ocurriósele escuchar de nuevo en la ventana del cuarto de Petrona. Al aproximar el rostro á la madera despintada, ésta cedió, produciendo un chirrido agudo, de goznes

secos, que le hizo estremecer. Decidido, sin embargo, á todo, empujó muy despacio el postigo, hasta dejar un espacio suficiente para examinar el interior de la habitación. La cama de hierro estaba intacta, con su colcha multicolor muy estirada y las fundas de las almohadas blanqueando apenas entre las negruras que las envolvían. Estuvo en acecho breves instantes, conteniendo la respiración, y luego se alejó aturdiado, azorado, dejando á su caballo que marchase á voluntad. No le faltaron intenciones de asaltar la propiedad, de revolver todas las habitaciones, de visitar todo, de un extremo á otro, pero no tenía fuerzas para obrar, sintiéndose abatido, quebrado, como si un gran peso le enervara las energías y le paralizara las piernas y los brazos por completo. Por la primera vez en su vida, pensó en la infidelidad de Petrona y surgieron allá en su mente recuerdos que ya había olvidado en absoluto. Nunca — y esto se lo decía para calmarse — aquélla le había hecho traición ni ocasionado el más mínimo disgusto; pero

¿quién le aseguraba que antes que á él no había dado su amor á otro, y que por capricho, quizás por el deseo de conocer emociones que no encontraba ya en el suyo, á pesar de lo grande y puro que era, no buscaba ahora un nuevo amante? Y lo que más en sobresalto le puso, fué una sospecha punzante que hirió su cerebro de repente. ¿Tendría relación la partida misteriosa del Indio con la ausencia de Petrona?

—¡Es extraño!...—decía en voz baja, moviendo la cabeza con lentitud — ¡muy extraño!...

Abandonóse por entero á los más tristes pensamientos y se olvidó de todo, del tiempo transcurrido, del sitio en que estaba, y hasta de su infatigable caballo, que, aprovechando la libertad que se le concedía, había tomado tranquilamente el camino y emprendía al trotecito el viaje de regreso al rancho.

III

Al echar pie á tierra, Gervasio Perdomo estaba aniquilado, con el semblante ceñudo, velado por el sufrimiento, y el cuerpo y el espíritu molidos por la fatiga, como si una oleada de cansancio tremendo le hubiera caído encima. Sólo una idea fija, cruel y dolorosa, tenía clavada en el cerebro: la de que Petrona, el único amor de su vida, fuera capaz de traicionarle. La incertidumbre en que se debatía desde algunas horas antes, aumentó al llegar al triste y miserable montón de tierra y paja que le recordaba sus días y sus noches de interminable soledad, y se consideró pobre, despreciable y hasta indigno de aquella dicha que ambicionaba como el más grande de los bienes de la tierra. En realidad, ella tenía razón si le volvía la espalda, porque ¿quién era él? Un paisano desheredado, huérfano, sin más mérito que su juventud y su gran corazón. Pero era

una crueldad haberle engañado, haciéndole vislumbrar una felicidad que no debía realizarse nunca. Arrepintiéndose con el alma de estar allí, de haber regresado con tanta premura, sin averiguar lo ocurrido, fuera bueno ó malo, y unos deseos vehementes le entraron de montar otra vez á caballo y correr sin descanso hasta desvanecer las dudas y temores que le atormentaban atrozmente, sin compasión. Pero no: no iría. Estaba demasiado abatido y necesitaba descanso. Después de todo, ¿no podría ser aquello un hecho sin importancia, una salida obligada? Se esforzó en dominar su imaginación inquieta, y, vacilante, como un beodo, se dispuso á entrar en el rancho. Llevaba el convencimiento de que no podría dormir, agitado por las negras ideas que bullían en su cabeza calenturienta, pero esperaría allí la llegada del nuevo día y entonces pondría término á sus zozobras.

Al empujar la puerta, se detuvo. El interior del rancho estaba iluminado por la luz de una vela de sebo y en

el fogón ardía un puñado de ramas secas. De pie en el centro de la pieza, el Indio le contemplaba curiosamente, con los ojos pequeños muy abiertos, las pupilas dilatadas en una muda interrogación. Él, en cambio, le miró francamente, aunque también sorprendido de verlo otra vez, cuando le creía lejos, dispuesto á no volver. Contento de encontrarlo, de quitarse de encima el disgusto que su precipitada fuga le había causado, entró resueltamente, casi ágil, y fué á sentarse en la cama, mientras dejaba caer de sus labios frases afectuosas, sin pizca de reproche, que aquél recibió con indiferencia.

— ¿Sabés — le dijo de pronto — lo que me ha pasado?...

Él no lo sabía, pero se encogió de hombros y sus labios gruesos y descoloridos se plegaron en un gesto desdenoso. Á pesar de esto, Perdomo le refirió todo, todo, desde su llegada á la casa de Petrona hasta su retorno al rancho, sin ocultarle sus inquietudes, que le confió emocionado, en voz baja, temblorosa, cual si temiera que sus mismas palabras

hiriesen sus oídos. El Indio mantúvose indiferente al principio, pero luego le escuchó atento, al parecer muy interesado con lo que oía, acercándose á la cama á medida que el paisano hablaba. Interiormente se alegraba de todo aquello, y sus ojillos de ave de rapiña se abrían cada vez más, radiantes, alborozados, como si una emoción de dicha intensa los animara. Se alegraba, sí, porque al fin le venía á las manos la venganza que tanto ansiaba: quería ver sufrir á Perdomo, como en ese instante le veía, gozarse en su sufrimiento, apurándolo con deleite, y demostrárselo bien á las claras, para que su tortura fuera más grande todavía. ¿Qué le importaba hacer mal? ¿Acaso tenía que reprimir sus pasiones, las únicas que sentía, por pura gratitud? Él había sufrido siempre, resignado, paciente, lo mismo que una bestia, y deseaba también un momento de placer, de goce íntimo. Ahora que lo encontraba, lo aprovecharía hasta dejar saciada su hambre de venganza. Esperó que el paisano terminara la relación de sus penas, sin impacientarse, sin

mover un solo músculo de su cara reluciente, madurando entre tanto un plan diabólico, digno de él, y cuando Gervasio enmudeció, separóse muy despacio de su lado y sonrió irónicamente, con una sonrisa de torpe contento.

— ¿Y ahora recién sabe eso, compañero? — dijo al cabo de un rato. Sentóse en el suelo, cruzadas las piernas, y se puso á escarbar la tierra dura con un trozo pequeño de leña. Observando á hurtadillas, vió el asombro que expresaba el semblante ceñudo y pálido de Perdomo, y no pudo contener un acceso de risa estúpida, de risa ruidosa, que le abrió toda la boca y dejó ver los dientes negros y las encías amoratadas y pulposas. Gervasio se exasperó.

— ¿Por qué te reís así?...

¡Bah! él no se reía por nada malo, sino porque le daba una gran lástima verlo tan corto de alcances y oírle lamentaciones y discursos que no se merecía aquella condenada, entregada en ese instante á quién sabe quién. ¿No conocía todo el pago lo que era ella? ¿No estaban enterados todos de su ma-

nera de querer á unos y otros? Y arrastrado por su instinto malo, por su instinto de fiera, narró una porción de cosas sucias, de hechos infames, de historietas asquerosas, en las cuales el nombre de Petrona, de la tan mentada morocha, rodaba envuelto, envilecido y deshecho. Lo que le parecía mentira—y lo aseguraba con aire de verdadera sorpresa—era que Gervasio, que se tenía por el más *ladino* y el más despierto de todo el paisanaje, hubiese caído como un pájaro sin malicia en el lazo que se le había tendido. Insistió en esto varias veces, recalcando bien las palabras, rebuscando las más ofensivas, mientras miraba agresivamente al paisano y le echaba al rostro, con alegría salvaje, toda la satisfacción que á borbotones saltaba de entre los pliegues de su alma mezquina.

—¿Pero es verdad?... — balbuceó Gervasio al fin — ... ¿es verdad lo que decís, Indio?... — Se resistía á creer tanta miseria, tanta maldad en una muchacha buena, de corazón sencillo y puro como una flor, y rechazó con repug-

nancia lo que el Indio le contaba, por más que viniera á robustecer sus temores, agrandándolos hasta convertirlos en certidumbre. De repente se irguió fiero, lanzando un grito de rabia. Toda la infamia del muchacho, toda la doblez de sus propósitos, la había adivinado en una palabra, en un solo movimiento de sus ojos. Avanzó hacia él lentamente, mirándolo con insistencia, enarcadas las cejas, la respiración breve y las manos crispadas por la ira. Un silencio extraordinario, lleno de cosas graves, se produjo entonces. El Indio le vió moverse, acercarse terrible, amenazador, pero no se intimidó. Había ido demasiado lejos para retroceder. Ya estaba descubierto, lo comprendía, y aceptaba la responsabilidad de su acto cobarde, antes que doblegarse y ser humillado. Únicamente trató de levantarse, á fin de estar preparado para la defensa, pero Gervasio le había tomado ya el brazo y se lo apretaba con fuerza, hasta hacerlo gritar.

—¡Vos mentís!... — exclamó con acento trémulo, sin separar sus ojos de

los del Indio, que continuaba rebelde, altanero, haciéndole frente sin ceder. — ¡Vos mentís!... — repitió exaltado, dominado por la cólera que le chispeaba en el rostro, que le hacía temblar el cuerpo todo, como si fuera presa de un sacudimiento nervioso.

— ¡Güeno!... ¿y qué?

Enceguecido, loco, por el arrebatado de desprecio y provocación que hizo vibrar la voz del Indio, el paisano se precipitó, y echándole las manos al cuello, apretó con furia. Oyóse un quejido ronco, un grito ahogado, y el muchacho abrió la boca y los ojos enormemente, bajo la presión vigorosa de aquellas tenazas que le estrujaban brutalmente.

Ambos lucharon. Fué una lucha de pocos instantes, terrible, muda, sin un lamento, sin una injuria, en mitad del rancho pobre y semi-oscuro. Forcejeando con desesperación, el Indio consiguió, en una de sus violentas sacudidas, desprenderse de Gervasio, y semejante á un gato montés enfurecido, dió un salto rápido atrás, deslizó la mano en la cintura, y empuñando un cuchillo pe-

queño, de hoja afilada, atropelló con él al paisano, hundiéndole el acero en el bajo vientre.

— ¡Me la pagastes!... — murmuró.

Perdomo cayó desplomado, sin proférer una sola queja, con la cara vuelta al fogón. Durante algunos momentos quedó inmóvil, como muerto, con los párpados caídos y la boca entreabierta; de súbito estremeciése y buscó la herida, palpándose con ansiedad, hasta que sus manos se tiñeron en la sangre que le manchaba la ropa. Á pesar de su valor, una angustia horrible se apoderó de todo su ser, y quiso incorporarse, apoyándose en los codos, suplicando con los ojos turbios al Indio, que permanecía de pie, sombrío, hosco, en actitud amenazadora todavía. Una necesidad de hablar, de hacer una última pregunta, agitóle los labios, pero en vez de sonidos salieron de su garganta lamentos débiles y angustiados. Se moría irremisiblemente. La vida se le escapaba á prisa por aquella herida, entre chorros de sangre ardiente, que le quemaba la piel y le debilitaba las fuerzas,

produciéndole un gran vacío en la cabeza y en el corazón. Y lo peor es que nadie le socorrería, que nadie tendría compasión de él! . . . Tuvo un acceso de sofocación y quedó inerte.

Creendo que todo había concluído, el Indio hizo un ademán vago y limpió su cuchillo tranquilamente. Para él, lo sucedido era un accidente inevitable, decretado por el destino. Su odio al paisano tenía que terminar de esa manera . . . Contempló el cuerpo sin lástima ni remordimiento, y en seguida se puso á recoger sus prendas de vestir, sucias, rotas, esparcidas por el suelo, con las cuales hizo un gran rollo largo y delgado, que ató luego con dos tientos finos. Arrimóse después á la puerta del rancho y miró hacia el campo vasto y silencioso, no percibiendo ningún ruido. Sólo allí al lado, con las cabezas juntas y caídas, los caballos mordían el freno y azotaban la tierra con sus cascos, impacientes por recobrar su libertad.

Un estertor brusco sacudió pocos instantes más tarde el cuerpo de Gervasio, y el Indio se volvió sobresaltado.

En el fogón se había extinguido el fuego y únicamente la luz de la vela alumbraba la habitación, envolviéndola en una claridad dudosa, en una mancha amarillenta que hacía aun más completo el silencio de muerte que parecía flotar en la atmósfera. El paisano se había incorporado, lívido, descompuesto. Ya le era difícil respirar y el sufrimiento le estremecía, aniquilándole poco á poco. No apartaba los ojos del Indio y le interrogaba, le suplicaba con ellos, como si quisiera, en su agonía, perdonarle su acción á cambio de una palabra, de una frase que desvaneciera la duda que sentía en el alma, cuyo dolor era mucho más agudo que el que le producía la idea de morir. . . Y murió desesperado, sin satisfacer su postrer deseo, cayendo pesadamente hacia atrás. La cabeza golpeó contra las piedras del fogón, secamente, y quedó descansando en ella, de costado, como sobre una almohada.

El Indio, comprendiendo entonces la enormidad de su crimen, examinó el cuerpo sin acercarse, miedoso, completamente asustado, y ya no pensó más

que en partir, en huir lejos, para escapar á la justicia. Allí estaba de más. Antes de abandonar el rancho miró aún el cadáver involuntariamente, y al ver su faz descompuesta, contraída entre la barba espesa y renegrida, en una horrible mueca de angustia, surgió en su memoria un recuerdo rápido, y volviéndose de frente, como si quisiera que sólo el muerto le oyese, murmuró muy bajo estas palabras:

— ¡Y decía que el canto del gallo eran puras habladurías!... ¡Mire si son!...

EDUARDO FERREIRA.

Enero 1895.



Domingo Arena
